

LA VERDAD SOSPECHOSA:

Democracia, redes sociales y mentira en el siglo XXI

Doña Lucrecia
(Seudónimo)

La democracia griega había conquistado para el ciudadano el derecho a participar en la vida pública. La democracia moderna invierte la relación: el Estado pierde el derecho de intervenir en la vida privada de los ciudadanos.

Octavio Paz*

I. Introducción

Pierre Corneille, uno de los grandes dramaturgos franceses durante el reinado de Luis XIV, representó la obra *El mentiroso* en 1644. Era la adaptación –ni más ni menos– de *La verdad sospechosa*, esa divertidísima y portentosa obra de teatro que escribió Juan Ruiz de Alarcón, nacido hacia 1581, en Taxco, Guerrero.¹

No habían transcurrido 60 años desde la caída de Tenochtitlan, cuando ya se había sembrado la riqueza de nuestra lengua en lo que hoy es México. Entre los novohispanos, Juan Ruiz de Alarcón sería parte de la pléyade de escritores que dieron forma al Siglo de Oro y *La verdad sospechosa* sería una de sus joyas. Para mí, ha sido una de las lecturas más graciosas, brillantes y ácidas que he descubierto en mi vida.

La obra retrata la historia de un joven, llamado Don García, que luego de una temporada ha vuelto a casa de su padre en Madrid. El joven García es un pícaro, un enamorado y un mentiroso compulsivo. Se enamora de Jacinta, pero por una serie de enredos, la confunde con Lucrecia, amiga de su enamorada, y se compromete así por error con la mujer equivocada. Don García siempre miente –incluso innecesariamente– y cuando está hasta al cuello por sus propias falsedades, miente aún más.

* Paz, Octavio, “La democracia: lo absoluto y lo relativo”, *Vuelta*, México, año XXII, número 261, agosto-septiembre 1998, p. 21. Originalmente en *Vuelta*, México, número 184, 1992.

¹ Existe una disputa sobre si nació en Ciudad de México o en Taxco. No obstante, hay un consenso en favor de esta última.

La forma tan extraña en que conocí *La verdad sospechosa* fue lo que quizás más me compenetró con ella. Un amigo y yo vimos la obra, durante unas vacaciones en la Ciudad de México, en una versión de la Compañía Nacional de Teatro Clásico de España. Me reí y, a la vez, me turbé mucho cuando vi mi vida reflejada en ella. Más gracioso todavía fue que, al terminar la obra, no solo yo guardaba silencio, sino también mi amigo. Él, que es a veces un Don Juan, a veces un Casanova, había proyectado igualmente su vida en la vida de Don García. Y como a mí, el vistazo hacia el interior, lo desconcertó.

Mantuvimos el silencio hasta salir del teatro, evidenciando así la razón del estupor. Pronto quise enfrentar la vergüenza abordando expresamente lo que sentí y viví: la mentira y mis propias mentiras. Mi amigo, sin embargo, evitó el tema. A punto de cruzar la calle, rompimos el silencio y hablamos de otras cosas enteramente distintas e intrascendentes.

Pero callar no significa evadir la verdad que vislumbramos en nosotros aquella noche. Años después vi *La verdad sospechosa* por segunda ocasión. Y más tarde la leí. Imaginé, sin razón, que sería una experiencia difícil o árida. No fue así: descubrí eufonías y juegos barrocos del lenguaje que solo el estudio detenido me permitió percibir. Sobre todo, fue una lectura gozosa y divertida.

La mentira no es un problema ni solamente mexicano ni actual. Es atemporal y universal. Revisitar *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón es una buena ocasión para subrayar la era en que ahora vivimos: en la política de la mentira. Fue raíz con la Ilustración que la verdad y la racionalidad se establecieron como estandartes y paradigmas de la Edad Moderna. Sin embargo, la irracionalidad y la falsedad se abrazan actualmente con mayor franqueza y popularidad que nunca. Y quienes así lo hacen tienen, además, una voz que antes no habían tenido. En este sentido, la vida moderna y las nuevas tecnologías –en particular el internet– han sido cruciales. Las redes sociales han democratizado la vida moderna, pero a la vez son una vía potentísima para diseminar la mentira, la ignorancia y la intolerancia.

Aunque parecen conceptos casi inevitables, poco me interesa emplear aquí expresiones tales como posverdad, posmodernidad e hipermodernidad. En primer lugar, porque –en el afán de bautizar con “originalidad” el presente– poco sabemos qué tan bien o mal vayan a envejecer esas palabras. En segundo lugar, porque la sed de novedad

hace que perdamos de vista la perspectiva histórica. La posverdad es una forma de referirse a la mentira de siempre, no obstante, una serie de características y circunstancias la renuevan y la actualizan. Lo que me interesa es explorar el contexto que se ha revitalizado esta cultura de la mentira reiterada y descarada. Vivimos una época en que cualquier verdad es –como en la obra de Juan Ruiz de Alarcón– más sospechosa que nunca.

II. Tecnología y redes sociales

Es fascinante la manera en que la tecnología ha facilitado el acceso a la información. La mayoría de jóvenes sinaloenses contamos con un teléfono inteligente que nos permite tener cualquier dato a un clic de distancia. Facebook, Whatsapp y Twitter ahora son los principales medios a través de los cuales las personas se comunican y se informan. Dan voz a millones de personas que antes no tenían la posibilidad de ser escuchados. Dado que todos pueden expresarse y, más aún, dado que todos tienen una opinión, todos se hacen oír.

Sin embargo, estos avances tecnológicos tienen claroscuros. En los primeros años del internet, se sembraron expectativas prometedoras sobre las consecuencias democráticas que traería el acceso masivo a la información. No niego que, en gran medida, esto haya ocurrido así: nunca había habido tantos seres humanos con tanta información a su disposición.² Por lo tanto, aquella esperanza era inevitable. Pero el problema no puede reducirse meramente al acceso a la información. Diríamos hoy que aquella promesa fue algo ingenua, pues los valores de la democracia están actualmente en entredicho.

La esfera privada del individuo se ha debilitado en la medida en que hemos renunciados a nuestra propia intimidad. Lo más interesante es que nadie nos ha obligado a ello, por el contrario, todo parece indicar que prescindimos de nuestra privacidad muy voluntariosamente.

² Naím, Moisés, “La guerra contra la verdad”, *El País*, España, 5 de octubre de 2019, https://elpais.com/elpais/2019/10/05/opinion/1570289813_382102.html (última consulta en octubre de 2019).

Esta renuncia tiene un impacto en nuestras vidas no solo desde un ángulo social, sino también político y, particularmente, democrático. El *New York Times* documentó cómo, en 2016, durante la campaña presidencial de Donald Trump, la compañía de análisis de datos *Cambridge Analytica* utilizó la información de millones de usuarios de Facebook creando anuncios falsos que, en función del perfil y el análisis de las inclinaciones políticas, buscaban radicalizar a las personas.³ En suma, se trató de una operación de manipulación política. Algo similar ocurrió en el referéndum relativo al Reino Unido y su salida de la Unión Europea: se desarrolló publicidad hecha a la medida a partir de datos personales. Lo preocupante es que compartimos nuestra información descuidadamente y, a veces, hasta gustosamente en redes sociales, apps y tests.

Vivimos, por lo tanto, en una gran fiesta: en la deliciosa y gozosa borrachera de la comunicación, la diversión de la vida privada transubstanciada en pública, sin reparar cómo ello estremece lo mejor de la civilización occidental: nuestras libertades y nuestra democracia.

III. Las democracias modernas son liberales

La democracia moderna enarbola la defensa de la esfera privada del individuo. Sin embargo, la vida en los tiempos de las redes sociales parece renunciar a dicha esfera. Paradójicamente, se practica un individualismo exacerbado y, al mismo tiempo, se prescinde de su protección.

La democracia se caracteriza porque los ciudadanos tienen el derecho a participar en los asuntos públicos. En cambio, como sostiene Robert Dahl, los regímenes autoritarios no permiten la participación, o bien, la limitan tanto que anulan el papel de la oposición.⁴ Como cuna de la democracia, la cultura griega se sentía orgullosa de esta forma de gobierno: veían en ella un privilegio y, a la vez, una obligación para contribuir en la mejora de la vida colectiva mediante el involucramiento de los ciudadanos. Los antiguos griegos se consideraban a sí mismos como seres particularmente racionales y,

³ Rosenberg, Matthew *et al.*, "How Trump Consultants Exploited the Facebook Data of Millions", *The New York Times*, 17 de marzo de 2018, <https://www.nytimes.com/2018/03/17/us/politics/cambridge-analytica-trump-campaign.html> (última consulta en octubre de 2019).

⁴ Dahl, Robert A., *La poliarquía*, 3ª ed., trad. Julia Moreno San Martín, Madrid, Tecnos, 2013, pp. 13-16.

por lo tanto, dotados de aptitudes para el diálogo, el debate y la deliberación, indispensables todas ellas para la democracia.⁵

Sin embargo, la colectividad era situada por encima del individuo. Cuando alguien se ocupaba solamente de sus asuntos personales y no colaboraba en los asuntos comunes, era tenido por un miembro inútil de la sociedad.⁶ De hecho, existía una inclinación por menoscabar los derechos de los ciudadanos en aras de defender a la comunidad, violentando así libertades que, ahora, nos parecerían irrenunciables: muchas veces se practicó la intolerancia religiosa; se tenía un control estrictísimo de las costumbres y de la conducta de las personas en su vida privada; se violaba la libertad de expresión, se censuraba, se exiliaba y se privaba de la vida con tal de “salvaguardar” a la ciudad.

Luego de la Edad Antigua, la democracia quedó prácticamente sepultada en el olvido. Renació en la Edad Moderna, de forma muy tardía, en Inglaterra y Estados Unidos. Pero el hecho de resurgir, por un lado, en la Edad Moderna y, por otro lado, de forma coincidente con el nacimiento del liberalismo, dotó a la democracia moderna de cualidades que la hacen distinta de la democracia antigua.

El liberalismo –como corriente de pensamiento político cuyo propósito es limitar el poder del Estado– ha logrado afianzarse en las democracias consolidadas. Tal objetivo de limitar el poder se ha logrado mediante la división de poderes, el establecimiento de pesos y contrapesos, y el respeto a la ley. En ese sentido, el liberalismo –como señala Sartori– equivale a Estado de derecho. Y más aún, el Estado liberal, al autocontenerse y respetar los límites que le impone la ley, es capaz de respetar la esfera privada del ciudadano, resguardando así sus libertades.

Por lo tanto, la democracia moderna, al igual que la antigua, permite la participación del individuo en los asuntos públicos. Ambas aseguran esa libertad, que podríamos llamar pública o colectiva. Pero la democracia moderna se distingue de la antigua porque, además de proteger el derecho a la participación política, salvaguarda libertades que los antiguos jamás concibieron: las libertades individuales.

⁵ Sabine, George H., *Historia de la teoría política*, trad. Vicente Herrero, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 37-42.

⁶ *Idem*.

La libertad moderna, es decir, la libertad individual, protege al ciudadano del abuso del poder y lo hace dueño de su propia vida privada: esa es la esencia de la Edad Moderna. Benjamin Constant, en su famoso discurso sobre la diferencia entre la libertad de los antiguos y la de los modernos, señala que cuando un hombre de la Edad Moderna piensa en la palabra libertad, en realidad piensa en la libertad individual de profesar la religión que desee, en no ser molestado ni detenido arbitrariamente, y piensa en expresar lo que cree, en desplazarse y reunirse sin restricción. El hombre antiguo, en cambio, pensaba en la libertad política, en el vivo placer de ejercer directamente el poder y deliberar en la plaza pública, pero sin el más mínimo margen de independencia en su vida privada.⁷

Entre los antiguos griegos no había mayor valor que el respeto a la ley, pues solo así era posible una buena y verdadera vida en común. La ley es la manifestación de los designios de la *polis*, y lo menos que puede hacer un buen ciudadano es respetar las leyes que emanan de su comunidad. He ahí uno más de los cimientos de la cultura occidental que haya su origen en Grecia.

Pero Occidente tuvo que esperar a la Edad Moderna, en particular a la Ilustración, para forjar otra idea fundacional que complementa el ideal griego: nuestras libertades florecen no solo en la medida en que los ciudadanos respeten la ley, sino en la que el poder público esté también sujeto a ella. “Para los griegos”, dice Giovanni Sartori, “democracia era aquel sistema de gobierno en el que las decisiones son colectivas. Por lo tanto, la idea clásica de democracia permite que la comunidad no deje ningún margen de independencia y no conceda ninguna esfera de protección al individuo”.⁸ Y Octavio Paz igualmente dice: “La democracia griega había conquistado para el ciudadano el derecho a participar en la vida pública. La democracia moderna invierte la relación: el Estado pierde el derecho de intervenir en la vida privada de los ciudadanos”.⁹

La democracia moderna es, por lo tanto, una democracia liberal necesariamente. Por ello mismo, resulta increíble que sus raíces estén hoy resquebrajándose. La

⁷ Constant, Benjamin, “Sobre la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos”, *Libertades*, Mazatlán, número 3, verano 2013, p. 85.

⁸ Sartori, Giovanni, *¿Qué es la democracia?*, trad. Miguel Ángel González Rodríguez *et al.*, México, Taurus, 2008, p. 187.

⁹ Paz, Octavio, “La democracia: lo absoluto y lo relativo”, *Vuelta*, México, año XXII, número 261, agosto-septiembre 1998, p. 21. Originalmente en *Vuelta*, México, número 184, 1992.

protección del individuo ha forjado los límites del Estado. Sin embargo, si bien nos hemos librado del Estado tanto como hemos podido, no nos hemos puesto a salvo de algo más simple: de nosotros mismos en tanto que individuos. Enfrentamos a una serie de desafíos que derivan, principalmente, del hecho de que compartimos nuestra información personal en internet.

Con suma ingenuidad exponemos la identidad de niños (hijos o hermanos), a pesar de los graves riesgos que las autoridades advierten sobre ello; proporcionamos nuestros datos personales a redes sociales, aplicaciones y empresas; compartimos fotos intimísimas sin avizorar el infierno que vendrá cuando caigan en las manos equivocadas y se viralicen.

Además de *Cambridge Analytica* y del Brexit, ha habido otros casos igualmente graves. En 2013, el presidente Barack Obama se vio en el centro de un escándalo cuando se reveló que su gobierno tenía en marcha un programa informático de vigilancia masiva denominado PRISM. Por su parte, en China, se ha instaurado un sistema de “crédito social” en el que las personas son calificadas, gracias al uso de las tecnologías, como buenos o malos ciudadanos. Se utilizan puntuaciones mediante la recolección de datos personales: tener deudas, violar el reglamento de tránsito o el mal comportamiento en redes sociales, resta puntos; donar sangre, realizar comprar de productos socialmente aceptados o elogiar al partido, suma puntos. En caso de un puntaje bajo, se entra en una lista negra que conlleva la restricción de derechos. Un “buen ciudadano”, por su parte, se traslada de su casa al trabajo a mitad de precio. Podemos imaginar a ese ciudadano modelo sonriendo –nerviosamente– frente a su propia conducta, monitoreado por una triste comunidad orwelliana.

IV. Jaurías de hienas

Formar buenos ciudadanos es una legítima aspiración cultural. Pero hacerlo, a costa de las libertades, resulta inadmisibile. En China, la violación de la esfera privada, tratándose de un régimen autoritario, no es una sorpresa. En cambio, es incompatible especialmente para aquellas sociedades con regímenes democráticos. Esta invasión del Estado en la vida privada está acompañada, sorprendentemente, de una anuencia pasiva

de los propios ciudadanos. Y en otros casos, igualmente preocupantes, la irrupción se da incluso entre individuos.

La verdadera comprensión del impacto que el internet ha tenido en nuestras vidas solo será posible si consideramos que juega un papel fundamental en la proliferación de noticias falsas, estupideces, ignorancia, insultos y amenazas que lanzamos entre nosotros mismos, y que tarde o temprano se impregnan en el sistema político.

Los celulares nos han permitido documentar, por fortuna, toda clase de sucesos, desde desastres naturales hasta delitos y abusos. Sin embargo, las personas también captan acontecimientos que, aunque carecen de verdadera relevancia informativa, se viralizan y hunden a las personas en un infierno.

Hemos normalizado el hecho de tomar videos sin autorización y subirlo a redes sociales. Las consecuencias son igualmente múltiples: humillación, vergüenza, ofensas e intimidaciones. La periodista extranjera de Vice News, Andrea Noel, es un ejemplo apenas perceptible entre muchos otros. En las calles de la Ciudad de México, a Noel le levantaron el vestido y le bajaron la ropa interior.¹⁰ Los videos de seguridad que captaron el suceso se viralizaron y, en plena investigación para dar con el responsable, en lugar de recibir el apoyo mayoritario de los internautas, fue víctima de una inmensa y desproporcionada ola de insultos, amenazas de muerte, amenazas de violación y – cuando descubrieron su domicilio– de acoso afuera de su casa. “Si tan solo te bajaron los calzones, ahora yo te violaré”, “te voy a matar para que sufras de verdad”, “pendeja”, “puta”, le increparon miles de usuarios que cada hora buscaban intimidarla y hierla. La imbecilidad materializada: un horroroso espectáculo más común de lo que imaginamos, amenazar en redes sociales con violar a una mujer con toda impunidad; gente sin oficio ni beneficio, cometiendo un delito. Muchas personas que graban sin consentimiento o que amenazan de muerte en redes sociales parecen no entender con claridad que lo que hacen –desde la responsabilidad diluida del anonimato– está mal y es un delito.

En suma, el Estado atenta contra los derechos individuales, pero también nosotros somos nuestros propios verdugos. Y cuando atacamos nuestra esfera privada, esto suele

¹⁰ Redacción, “Periodista denuncia agresión en la Condesa”, *El Universal*, 9 de marzo de 2016, <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/seguridad/2016/03/9/periodista-denuncia-agresion-en-la-condesa> (última consulta en octubre de 2019).

estar acompañado por otro fenómeno: la estupidez. Abunda en redes sociales y se expresa en forma de intolerancia, burlas e insultos.

La democracia es igualadora en muchos sentidos. Incluido el día de las elecciones, hombres y mujeres, ricos y pobres, acuden a las urnas y el voto de cada uno vale por igual. Ello constituye una de las virtudes de la democracia. El internet es, a su vez, “democratizador” en la medida en que también es igualador, con los riesgos y excesos que ello supone. “Las redes sociales”, dice Umberto Eco, “le dan el derecho de hablar a legiones de idiotas”.¹¹ Y agrega: “primero hablaban solo en el bar después de una copa de vino, sin dañar a la comunidad. Eran rápidamente silenciados, pero ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los imbéciles”.

Los excesos en que incurrimos los ciudadanos no deben justificar la limitación, *ex ante*, de la libertad de expresión. Cancelar este derecho por miedo a los vociferantes constituiría una violación a la libertad individual. Es, por lo tanto, un mal que debemos, no prohibir, sino saber enfrentar.

Si la verdad, la sabiduría y el bien existen, reconozcamos que la mentira, la ignorancia, la maldad y la estupidez, también. Hay que admitirlo con toda franqueza: hay gente que se comporta muy mal en redes sociales.

El estúpido, dice Ainhoa Suárez Gómez, es aquel incapaz de discernir y pensar por sí mismo, el estúpido se apropia de la opinión de los otros –la opinión de la mayoría– y se deja llevar por ella.¹² De ahí que el estúpido no razone, sino que juzgue a partir de lugares comunes, propios de las multitudes, llenas de prejuicios y simplonerías. Las turbas son estúpidas, subraya Suárez Gómez.¹³

Aquel que crea que la democracia es un mero asunto de mayorías, se equivoca. La democracia es un asunto de participación política, oposición y debate público.¹⁴ Los propios griegos asumían, como dije antes, que su forma de vida y su forma de gobierno requerían aptitudes para el diálogo y el razonamiento.

¹¹ Nicoletti, Gianluca, “Umberto Eco: ‘Con i social parola a legioni di imbecilli’”, *La Stampa*, 11 de junio de 2015, https://www.lastampa.it/cultura/2015/06/11/news/umberto-eco-con-i-social-parola-a-legioni-di-imbecilli-1.35250428?refresh_ce (última consulta en octubre de 2019).

¹² Suárez Gómez, Ainhoa, “Notas sobre la estupidez”, *Nexos*, 1 de abril de 2016, <https://cultura.nexos.com.mx/?p=10162> (última consulta en octubre de 2019).

¹³ *Idem*.

¹⁴ Dahl, Robert A., *op. cit.*, pp. 13-16.

Contemplar la estupidez y denunciarla entraña –indica Suárez Gómez– una paradoja. En primer lugar, puede implicar arrogancia. En segundo lugar, ¿cómo no saber que uno mismo es también un estúpido? Quizás. Pero, al menos, reconozco la posibilidad de abrigar en mí la estupidez, lo cual es un avance. Pues el verdadero estúpido –agrega Suárez Gómez– no reconoce la estupidez en sí mismo y, más aún, “el estúpido es el último en saberlo”.¹⁵

En las redes sociales, hay gente brillante, buena y divertida. También hay jaurías de hienas repletas de estulticia. No solo insultan a otras personas, sino que también participan en la discusión política agresivamente compartiendo noticias falsas, defendiendo violentamente sus propias causas, descalificando y atacando –sin mucha reflexión– a otros usuarios. En ese sentido, “el drama de internet”, remata Umberto Eco, “es que ha promovido al tonto del pueblo como el portador de la verdad”.¹⁶

V. Comunicación política del resentimiento y la ofensa

Los políticos explotan la nueva cultura de los insultos y de las noticias falsas. No es algo que ocurra únicamente en México. Se trata –increíblemente– de un fenómeno mundial y me refiero, con ello, al surgimiento de gobiernos populistas que amenazan los cimientos liberales de la democracia moderna.

Hay populistas tanto de derecha como de izquierda. Proclaman y elogian el nacionalismo, lo cual supone la preponderancia de la identidad, con tintes excluyentes y discriminatorios, a diferencia del cosmopolitismo que promueve la diversidad y la igualdad entre aquellos que son diferentes.

Los gobiernos populistas apelan a los prejuicios sociales, se proclaman la encarnación del pueblo y hablan en nombre de él, alimentan el resentimiento de los ciudadanos y atizan lo peor de los sentimientos humanos. Su retórica es agresiva y sacan provecho del hartazgo social, poseen una concepción reduccionista de los problemas; identifican y presentan a un grupo social como enemigo del pueblo; y polarizan a la sociedad. Una vez polarizada, es muy difícil sacar a la gente de su trinchera, lo cual hace

¹⁵ Suárez Gómez, Ainhoa, *op. cit.* (<https://cultura.nexos.com.mx/?p=10162>).

¹⁶ Nicoletti, Gianluca, *op. cit.* (https://www.lastampa.it/cultura/2015/06/11/news/umberto-eco-con-i-social-parola-a-legioni-di-imbecilli-1.35250428?refresh_ce).

casi imposible el diálogo. Lo vemos claramente en el Reino Unido con el Brexit, en Estados Unidos con Trump y en México con Andrés Manuel López Obrador. Lo mismo ocurre en Italia, Austria y Holanda, con líderes de derecha, que en América Latina, con los de izquierda; en países tan lejanos como Rusia, Brasil, Hungría, Polonia y Turquía. La presencia en nuestra región es indiscutible: Hugo Chávez y Maduro en Venezuela, Correa en Ecuador, Cristina Fernández en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Lula y ahora Bolsonaro en Brasil, son tan solo algunos ejemplos.

Me parece que el problema central de los liderazgos populistas contemporáneos es que su énfasis en lo emocional los conduce al desdén por la racionalidad: la negación de la evidencia, las mediciones, los datos, la argumentación e incluso la ciencia. Este desprecio constituye una merma a la esencia de la democracia: cuando se rebasan las fronteras de la razón y se opta por el insulto, la agresión o la descalificación, se cancela toda posibilidad de diálogo.

Los regímenes populistas tienen, como nunca, un contacto más estrecho con las emociones y malestares de la gente gracias a las redes sociales. En ellas, se propagan creencias, opiniones y enojo que en los medios tradicionales no circulan; no es casualidad que el presidente López Obrador las llame “las *benditas* redes sociales” y, al mismo tiempo, dirija constantes descalificaciones a la prensa. Trump, mientras tuitea obsesivamente, también la denuesta y le planta el epíteto de *fake news media*.

Hay periodismo de todos los colores, cercanos o lejanos al poder, frívolos o de investigación rigurosa, mercenarios o comprometidos con la verdad. Pero es un abuso desacreditar, desde el poder, a la prensa adversa o crítica, como ocurre con el presidente López Obrador; más aún, es inaceptable prescindir, con ello, de la pluralidad. Podrá no gustarnos tal o cual medio, pero la diversidad de voces es necesaria para garantizar las distintas expresiones políticas. Y si bien algunos medios contribuyen a la polarización y a la desinformación, otros aseguran el derecho de las audiencias a la información, a la verificación de datos y a la verdad. Es, por lo tanto, inconcebible renunciar a los beneficios que el periodismo trae a la vida democrática.

Las élites políticas, económicas e intelectuales que, en efecto, habían monopolizado el debate público, se enfrentan al hecho de que por primera vez se da voz de forma indiscriminada a los “desposeídos”. El ritual democrático ya no se reduce al día

de los comicios, en el cual las personas se expresan con su voto y vuelven al silencio que supone retomar sus vidas privadas, sino que se extiende de forma permanente a través del internet. Las redes sociales conforman un hervidero en donde confluyen todas las causas, todos los intereses y todos los reclamos: tanto progresistas como reaccionarios.

En Estados Unidos, el lenguaje del progreso y la diversidad ignoró a las mayorías blancas que –ahora– se sienten olvidadas (como si fuesen minorías). Muchas de ellas son gente blanca, de clase baja, conservadora y religiosa. Sus actitudes racistas, homófobas y nacionalistas fueron acalladas y reprobadas por los valores de la democracia: la libertad y la igualdad. Avergonzadas y disminuidas, fueron relegadas a un segundo plano. Pero tanto los progresistas como los liberales, olvidamos, con arrogancia, que ellos también votan. Trump apeló a ellos y respondieron vigorosamente. Ese perfil sociodemográfico que simpatiza con él constituye su base más dura. El enojo inunda las redes sociales y se manifiesta con fuerza. Como señala Fernanda Solórzano: “Trump apeló al enojo de los silenciados para luego hacerles una oferta irresistible: si votaban por él tendrían permiso de vociferar”.¹⁷ Es sintomático el aumento de incidentes de personas blancas que en restaurantes acosan agresivamente a latinos por el simple hecho de hablar en español. El coraje y la intolerancia recobran energía en las calles y en las redes sociales. Si la elección de Obama significó el ilusorio triunfo del progresismo (en un país mayoritariamente blanco que habiendo escogido a un presidente afroamericano parecía haber logrado sanar las heridas históricas del racismo con dosis de libertad e igualdad), en cambio, la victoria de Trump fue un recordatorio de que las cuentas todavía no están saldadas. Si en su momento Trump parecía un fenómeno inesperado e inexplicable, a la distancia resulta una reacción cada vez más obvia y natural que no supimos ver. Es la política del resentimiento alentada por nuestros propios gobernantes.

La democracia se encamina hacia una crisis. En especial, es una crisis de representatividad. Las personas no se sienten ya representadas por sus políticos. Todas las democracias liberales enfrentan ese desafío. Y México, en vías de constituirse en una de ellas, también. En nuestro país, la gente está harta de los políticos, de la corrupción,

¹⁷ Solórzano, Fernanda, “Presagios de Trump”, *Letras libres*, 10 de enero de 2017, <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/cinetv/presagios-trump> (última consulta en octubre de 2019).

de la ineficacia de las instituciones, de la desigualdad y de los privilegios. Los ciudadanos se sienten, también, molestos y olvidados. De ahí, el éxito de Andrés Manuel López Obrador.

Los excesos y la incapacidad durante los gobiernos del PRI y del PAN son indiscutibles. Acérrimo crítico de esos gobiernos, el presidente López Obrador es receptor y portavoz del ánimo popular. Si el presidente acusó un cerco informativo de los medios en su contra, halló en las redes sociales un puente con la gente. Lograda la victoria, lo que más llama la atención es el tono revanchista. Los miembros del gobierno dan muestras de arrogancia: integrantes de Morena han proferido múltiples insultos, “se la pelaron” y “se las metimos doblada” son apenas dos ejemplos de una actitud que se manifiesta cotidianamente.

Es patente la transformación que el nuevo gobierno está ejerciendo desde el lenguaje. Es la jerga del insulto, la descalificación y la vulgaridad. Eso no es todo: el presidente de la república es el campeón de esa disciplina. Gabriel Zaid ha hecho un recuento memorable de las injurias acuñadas por López Obrador:

Achichinle, alcahuete, aprendiz de carterista, arrogante, blanquito, calumniador, camajanes, canallín, chachalaca, cínico, conservador, corruptos, corruptazo, deshonesto, desvergonzado, espurio, farsante, fichita, fifí, fracaso, fresa, gacetillero vendido, hablantín, hampones, hipócritas, huachicolero, ingratos, intolerante, ladrón, lambiscones, machuchón, mafiosillo, maiceado, majadero, malandrín, malandro, maleante, malhechor, mañoso, mapachada de angora, matraquero, me da risa, megacorrupción, mentirosillo, minoría rapaz, mirona profesional, monarca de moronga azul, mugre, ñoño, obnubilado, oportunista, paleros, pandilla de rufianes, parte del bandidaje, payaso de las cachetadas, pelele, pequeño faraón acomplejado, perversos, pillo, piltrafa moral, pirrurris, politiquero demagogo, ponzoñoso, ratero, reaccionario de abolengo, represor, reverendo ladrón, riquín, risa postiza, salinista, señoritingo, sepulcro blanqueado, simulador, siniestro, tapadera, tecnócratas neoporfiristas, ternurita, títere, traficante de influencias, traidorzuelo, vulgar, zopilote.¹⁸

¹⁸ Zaid, Gabriel, “Amlo poeta”, *Letras libres*, 25 de junio de 2018, <https://www.letraslibres.com/mexico/politica/amlo-poeta> (última consulta en octubre de 2019).

Se trata de no solo de la política del resentimiento, sino también la del envilecimiento. Y está azuzada desde el púlpito presidencial. Creí que no podría haber gobernantes más decepcionantes que los del PRI y el PAN. Pero un gobierno tan majadero, como el de Morena, nunca se había visto. Las expresiones, por miembros de ese partido, como los “coranzoncitos”, las “nalguitas” y las “pirujas”, no hacen más que empobrecer el debate público, sobre todo, considerando que este último es vital para la democracia. Más aún, este problema no se reduce a los gobernantes: hay un correlato idéntico de los ciudadanos que se manifiesta en redes sociales. La gente imita irreflexivamente las expresiones del presidente y, bajo su amparo, se legitiman las vociferaciones. Es la supremacía del insulto y la revancha; es el monopolio sobre la verdad y la moral. Hemos convertido, como diría Umberto Eco, a los necios del pueblo en portadores únicos de la verdad.

VI. El embate de la mentira

La gente se siente decepcionada de la democracia y olvida que esta forma de gobierno constituye, en México, un brevísimo paréntesis de libertad, el cual suma apenas unos cuantos años dentro de su larga –y autoritaria– vida. Lo mismo podríamos decir de la Ilustración: ha sido otro pequeño paréntesis en la prolongada existencia de la humanidad y actualmente está en riesgo. La Ilustración suponía el ingreso de la humanidad a la edad adulta, pues los seres humanos habrían comenzado a pensar por sí mismos. Habíamos logrado situar a la razón en la cúspide de los valores humanos. Me parece que fue, si no una ilusión, sí una conquista que puede durar menos de lo que imaginamos. Creemos ingenuamente que el simple transcurso del tiempo nos conduce hacia el progreso y que, ante ello, no existe la posibilidad del retroceso, pero no es así.

José Woldenberg ha señalado insistentemente que los mexicanos, si bien hemos forjado con esfuerzo y dificultad una democracia claramente imperfecta, los pobres resultados de los gobernantes y sus políticas públicas nos llevan a confundir el descontento derivado de esos resultados con el descontento por la democracia. La desigualdad, la pobreza, la corrupción y la violencia nos tienen hartos; y queremos tirar

el agua sucia de la bañera –dice Woldenberg– con todo y niño; queremos lanzar a la democracia misma por la borda.¹⁹

En México, la democracia es, sin duda alguna, una excepción en la historia de nuestro sistema político. Eso hay que reconocerlo. Woldenberg invita a valorar la democracia porque, aunque germinal e imperfecta, existe el riesgo de perderla. “Como toda edificación humana”, advierte, “la democracia puede fortalecerse, reblandecerse e incluso desaparecer para dar paso a fórmulas autoritarias”. Yo iría más lejos aún: la democracia –no lo hemos querido ver– constituye una anomalía; lo normal en la historia de la humanidad han sido los regímenes antidemocráticos. Y en eso hay un riesgo que se revela aún más latente.

La seductora presencia de líderes populistas son una amenaza autoritaria. En palabras de Jesús Silva-Herzog Márquez, el populismo es el desafío más serio que enfrentan las democracias liberales contemporáneas.²⁰ Las similitudes entre López Obrador y Trump son desalentadoras. López Obrador se presenta como un *outsider*, pero conoce muy bien, se ha beneficiado y es parte del sistema. De hecho, su discurso es antisistema. Se dirige a sus adversarios como la mafia del poder (Trump los llama el “pantano”). Sostiene que va a limpiar a México de esa mafia y que solo él capaz de ello. Aunque su lenguaje es extremadamente simple y agresivo, a la gente le fascina eso (como ocurre con Trump). Empodera el discurso de la descalificación. Es constantemente virulento contra la prensa y las organizaciones de la sociedad civil.

VII. Contra el espíritu democrático

La cantidad de investigaciones y libros que estudian el populismo y la crisis de la democracia liberal se ha incrementado notablemente. *¿Qué es el populismo?* de Jan-Werner Müller, *Así termina la democracia* de David Runciman, *El pueblo contra la democracia* de Yascha Mounk y *Cómo mueren las democracias* de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, son apenas algunos ejemplos.

¹⁹ Woldenberg, José, *En defensa de la democracia*, México, Cal y Arena, 2019, p. 11.

²⁰ Silva-Herzog Márquez, Jesús, “El populismo como parásito”, *Reforma*, 26 de agosto de 2019, <https://www.reforma.com/el-populismo-como-parasito-2019-08-26> (última consulta en octubre de 2019).

Negar que la democracia enfrenta una crisis ante el populismo, es un despropósito. Quizás la crisis sea pasajera (o no), pero ese es otro asunto. Más aun, negar que México, como muchos otros países, afronta un régimen populista, es también otro despropósito.

Para Runciman, la crisis de la democracia liberal no es grave, sino transitoria. Sin embargo, reconoce que el internet, más que fortalecer la vida democrática, la ha estremecido. Uno esperaría que las personas, gracias a las toneladas de información, enriquezcan sus reflexiones y sus opiniones. Pero no es así, la gente intensifica sus prejuicios y radicaliza sus posturas.²¹

Todos los países con gobiernos populistas –incluyendo a México– experimentan este fenómeno de polarización ciudadana. Lo preocupante es que la polarización termina por atrincherar las posiciones de la gente volviendo casi imposible cualquier discusión racional basada en evidencias.

Me considero una persona comprometida con la igualdad, la libertad y el desarrollo de la democracia. Creo que la igualdad de la mujer, de los indígenas, de los homosexuales y de los discapacitados debe impulsarse. Defiendo la libertad de la mujer a decidir sobre su propio cuerpo. Y me parece que las causas más graves que deben atenderse en México son la desigualdad, la inseguridad, la fragilidad del Estado de derecho y el medio ambiente. Me asumo, pues, como partidario del liberalismo social, de la izquierda democrática, de la socialdemocracia, o como se le quiera llamar. Más aún, no me siento simpatizante de ningún partido político. Los veo con escepticismo, sin apasionarme y con distancia. Por lo tanto, parecería que, actualmente, la moderación es un lujo.

Los simpatizantes y los críticos de López Obrador se atacan e insultan mutuamente. El mismísimo presidente reprueba reiteradamente a quienes no comparten su opinión, sin considerar el peso de su investidura. Quien discrepa es, en automático, un conservador o un “fifí”. Esto ocurre demasiadas veces y de forma regular, a grado tal que cuesta trabajo seguirle el paso. Cuando sucede de nuevo, me vuelve a sorprender. El presidente abordó un avión y el capitán señaló retrasos por fallas derivadas en las

²¹ Runciman, David, *Así termina la democracia*, Barcelona, Paidós, pp. 20-25.

instalaciones del aeropuerto, acto seguido, en la conferencia matutina, tildó al piloto de conservador.²²

Pero la ausencia de moderación en él, en los suyos y en sus críticos, no es lo peor. Lo más grave, dentro de esa oleada de ataques, es su embestida en contra de las instituciones. El gobierno de López Obrador se encamina hacia la concentración del poder. Su crítica a la prensa, a la Suprema Corte y a los organismos autónomos (como el Instituto Nacional Electoral, la Comisión Nacional de Derechos Humanos, el Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social) es feroz, pues los deslegitima. Además, Morena ha propuesto eliminar el Consejo General del INE.²³ Por otra parte, ya desapareció al INEE.²⁴ Destituyó a Antonio Lazcano de una comisión dictaminadora del Conacyt.²⁵ Y el presidente López Obrador removió al secretario ejecutivo del Coneval.²⁶

Uno de los beneficios que acompaña la creación de instituciones es que están hechas para trascender los vaivenes y la voluntad del gobernante en turno. Pero hoy estamos presenciando una política voluntarista centrada en la persona del presidente. *México cambiará* –nos ha dicho en muchas ocasiones– *porque el presidente será diferente*. La descomposición de las instituciones traerá consigo el fortalecimiento de López Obrador.

Mediante una consulta “patito”, el gobierno canceló la construcción del Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México. El presidente no solo miente insistentemente sobre datos y cifras entorno a ese proyecto y el de Santa Lucía, sino que además desconoce un valor elemental de la democracia liberal: el respeto a la ley. Nuestra constitución prevé

²² Agencia Reforma, “Lo mejor de la conferencia de AMLO de este miércoles 25 de septiembre”, *El Imparcial*, 25 de septiembre de 2019, <https://www.elimparcial.com/mexico/Lo-mejor-de-la-conferencia-de-AMLO-de-este-miercoles-25-de-septiembre-20190925-0030.html> (última consulta octubre de 2019).

²³ Chávez, Víctor, “Morena propondrá desaparecer el Consejo general del INE”, *El Financiero*, 17 de junio de 2019, <https://www.elfinanciero.com.mx/nacional/morena-propondra-desaparecer-el-consejo-general-del-ine> (última consulta en octubre de 2019).

²⁴ Moreno, Teresa, “Después de 17 años desaparece el INEE”, *El Universal*, 15 de junio de 2019, <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/sociedad/despues-de-17-anos-desaparece-el-inee> (última consulta en octubre de 2019).

²⁵ Redacción, “Juez ordena restituir a Antonio Lazcano a comisión del SNI”, *El Universal*, 17 de octubre de 2019, <https://www.eluniversal.com.mx/ciencia-y-salud/juez-ordena-restituir-antonio-lazcano-comision-del-sni> (última consulta en octubre de 2019).

²⁶ Redacción, “Remueven del Coneval a Gonzalo Hernández Licona, tras reclamo por recortes”, *Animal político*, 22 de julio de 2019, <https://www.animalpolitico.com/2019/07/coneval-hernandez-licona-remocion/> (última consulta en octubre de 2019).

la realización de consultas populares; al no celebrarse de conformidad con lo que ella establece, sus consultas son inconstitucionales. Lo mismo puede decirse de otros proyectos sometidos a consulta como la refinería de Dos Bocas y el tren Maya. En muchos casos, el gobierno federal da muestras de desprecio por la ciencia, el saber y el conocimiento técnico: emprende programas y proyectos que carecen de los estudios científicos y ambientales requeridos por ley. Se hacen porque el presidente así lo ha decidido.

Quizás el caso más grave es el asalto de Morena a la democracia en Baja California. El nuevo gobernador de ese estado, Jaime Bonilla, ha realizado maniobras inconstitucionales para extender su mandato de dos a cinco años. Es un atentado contra la democracia: rompe las reglas del juego democrático; las manipula para beneficiarse a sí mismo; se escuda montando la farsa de la consulta y la presenta como decisión del pueblo.

La extensión del mandato fuera del marco de la ley no solo es un pulso antirrepublicano, no solo es –en una palabra– antidemocrático, no solo es un abuso que la democracia liberal por su naturaleza rechaza; es un engaño, una mentira. Lo más delicado de todo esto es que el responsable es el presidente López Obrador, pues él ha abierto esta puerta con sus propias consultas “patito”. Y si lo hace el gobernador Bonilla, bajo el argumento *ad populum*, ¿qué impide que otros políticos no hagan lo mismo?

VIII. Conclusión

¿La democracia está en riesgo o no? Runciman sostiene que no, pues los populismos de hoy no se asemejan a los regímenes que conocimos en Europa durante la primera mitad del siglo XX.²⁷ Para Jesús Silva-Herzog Márquez, los populismos actuales están lejos del fascismo: si nuestros populismos fueran verdaderos autoritarismos, tarde o temprano la democracia perecería necesariamente; no obstante, no cree que sea el caso, piensa que esta forma de populismo es un parásito que, para vivir, requiere la sobrevivencia de la democracia, no la elimina, sino que la pervierte hasta

²⁷ Runciman, David, *op. cit.*, pp. 20-25.

desfigurarla.²⁸ Coincido con ambos, pero creo que eso es particularmente cierto en democracias consolidadas. Me parece que Estados Unidos podrá superar a Trump. En cambio, el riesgo o no de nuestra incipiente democracia mexicana dependerá de un factor: que poco o a poco se vayan debilitando y desarticulando las instituciones.

Es difícil saberlo y, por lo tanto, se vuelve difícil tener alguna certeza de lo que ocurrirá. Sin embargo, sí podemos sacar un par de lecciones a partir de este horizonte. Al menos, es provechoso, en primer lugar, comenzar por reconocer que ahí están los riesgos: que hay una oleada de regímenes populistas; que las raíces liberales de la democracia moderna están en duda; que el internet facilita la violación de la esfera privada del individuo; que las redes sociales propagan mentiras; que nuestra postura no suele estar abierta al diálogo y las redes sociales solo radicalizan nuestras creencias; que la cultura racional y científica, el debate, la evidencia y la verdad, parecen importar menos; que hay una nueva legión de políticos grotescamente mitómanos. Ser conscientes de ello, nos vuelve ciudadanos atentos y críticos.

En segundo lugar, cada uno de nosotros puede colaborar y tomar una decisión: no compartir noticias falsas ni imágenes humillantes, no insultar en redes sociales, no difundir el discurso de odio, no discriminar a las personas por su orientación sexual, política, género, color de piel o situación económica. Si eso no basta para construir puentes entre nosotros, quizás sí matizaremos las diferencias que nos dividen y los políticos –en la era de la mentira y la polarización– no sacarán provecho de ello con tanta facilidad.

Cuando Corneille bautizó a su obra de teatro con el título de *El mentiroso* perdió un matiz que sí tiene la obra de Juan Ruiz de Alarcón. *El mentiroso* es categórico, en cambio, *La verdad sospechosa* revela sutilmente un rasgo de incertidumbre, la ansiedad ante un hecho: que la verdad –cualquier verdad– siempre estará bajo la sospecha de ser una mentira. Dentro y fuera de las redes sociales, hay mucha gente que se pasea llena de certezas (cuando en realidad son solo prejuicios proclamadas como verdades). Ante la divulgación de tantas mentiras, es un rasgo de ingenuidad no tener el cartesiano atisbo de que toda “certeza” pueda provenir de una mera ilusión.

²⁸ Silva-Herzog Márquez, Jesús, *op. cit.* (<https://www.reforma.com/el-populismo-como-parasito-2019-08-26>).

Me sorprende que años después de ver *La verdad sospechosa*, haya tenido el gusto de descubrir otra obra de teatro igualmente extraordinaria y, en algún modo, emparentadas entre sí. En 2018, en el teatro Angela Peralta de Mazatlán, asistí a la obra *Enemigo del pueblo* de Henrik Ibsen, bajo la versión y dirección de David Gaitán y presentada por la Compañía Nacional de Teatro del INBA. Relata la historia del doctor Stockmann que, a pesar de su personalidad desagradable, posee una actitud obstinada que lo llevan a un enfrentamiento con el gobierno municipal, los medios de comunicación y el pueblo de su localidad. Stockmann descubre que el balneario del pueblo (una atracción turística y eje central de la economía local) se encuentra envenenado, generando un indudable riesgo de salud pública para los habitantes y los turistas. Confiado en que la verdad debe ser revelada, se propone sacar a la luz dicha información. Sin embargo, todos la rehúsan al ver amenazado el bienestar social.

La obra, ambientada en el siglo XIX, es una crítica sociopolítica al mundo actual. Nos enfrentamos a tiempos en los que la verdad se convierte en una enemiga cuando vulnera nuestros intereses y lleva a la sociedad y a la clase política a preferir la mentira. El populismo es una forma de oscurantismo democrático: a los defensores de la verdad se les trata, por lo tanto, como enemigos del pueblo. (No es casualidad, por cierto, que el lema del Washington Post sea: “La democracia muere en la oscuridad”).

El precio de ir en contra de las mayorías es el ataque, el acoso y el desprestigio, tal como le sucede al protagonista y a su familia. En la actualidad esto se potencializa gracias al anonimato que ofrecen las nuevas tecnologías. No deseo satanizar la era digital, sino tan solo reconocer que ha facilitado la difusión de los discursos de odio y la mentira. En un momento dado, Stockmann confronta al público: sí, sin duda, él es un ser insoportable y despreciable en cada una de sus acciones y lo descalificamos simplemente porque lo aborrecemos desde nuestras butacas con una falsa superioridad moral; nos regodeamos y somos copartícipes de la repulsión; pero nada de ello desmerita la verdad que él posee. Si la democracia puede convertirse en turba y negar la realidad, esta obra de teatro logra un ejercicio de desconcertante introspección sobre cómo somos como sociedad y como individuos.